

Encantadores de serpientes.

Carlos Alberto Torres (Febrero 14, 2000)

La segunda copa de champagne todavía burbujeaba cuando él se sintió transportado por el momento y comenzó a sopesar cada frase, mientras la miraba a los ojos. Mientras cada una de sus palabras acariciaban ese rostro angelical, sintió que tenía algo que confesarse a si mismo. Imágenes descontroladas construían moradas, como esculturas efímeras, en su emoción. Esa mujer de rostro y cuerpo exhuberante en su belleza, una verdadera muñeca de porcelana, lo miraba intensamente mientras poco a poca cada palabra que los dos emitían hacía de esa noche un encuentro poco común, deseados por todos, disfrutados por pocos. Ella no solo escuchaba sino que ofrecía, en su propia narrativa, con sus ritmos, formas y texturas, un espacio cada vez más propicio al encuentro.

Las miradas ultrapasan el sentido de lo erótico que los cuerpos mismos, en su voluptuosidad, van generando dejando que el instinto animal que puede dominarnos por ratos, tome el control de la situación. Olores y fragancias que al estar los dos tan cerca empiezan a interpenetrarse, vuelven el espacio dulce limón. Las palabras de él siguen acariciándola, con dulzura y ternura, tremulas del placer mismo conjugado en tiempos de verbos y adjetivos, y una puntuación que vuelve cada frase seguida de cada pausa o un silencio, verdaderos códigos de encuentros. Nada más lejos de un monólogo que la seducción del diálogo en un encuentro de romanticismo sin fin.

Las manos, siempre las manos, tan difíciles de ubicar en una conversación cuando empezamos a sentir que se irrita la piel y la emoción, mezcla de erotismo, intimidad sentida, impulsos contenidos y también deseo y anticipación, las manos hacen círculos en los aires, aprisionan una servilleta como bandera de lucha o buscan acariciar la copa de champagne, que en sus curvas de cristal es simplemente un pálido sustituto de la mujer que él tiene enfrente. No sabe como y hasta donde, cada frase que la acaricia, la arroba y la encanta. Hay arrebatos de placer en cada mirada, en cada movimiento de cuerpos que al rozarse se van volviendo uno, casi sin darse cuenta. Es la naturaleza de la seducción mutua.

Los códigos de la cultura, los signos de los cuerpos, los rostros, y las frases que sólo los ojos pueden expresar con tanta brutalidad y candor, todo esto se mezcla con rituales y espacios claros y oscuros presididos por una luna y una brisa que siendo universales esa noche, solo esa noche, se vuelven singularmente particulares. Una luna para dos que amantes, símbolo milenario del amor, una brisa aterciopelada que los envuelve como sabanas de seda y los acuna en su propio placer.

La seducción no es un deporte quizá ni siquiera un arte, incluso para el más refinado de todos los amantes experimentados. La seducción no existe sin el encuentro del otro, sin los signos que la mujer otorga al hombre mientras este, dejándose llevar por la magia de esa noche y del encuentro, busca que ella sea suya. La seducción es el primer acto de amor. La seducción es lo que nos mantiene vivos y sostiene el encuentro. El tiempo y rutinas que

anquilosan el amor, han aniquilado, hace mucho, la seducción mutua. Es la sorpresa del encuentro, la imaginación del ser deseado antes de encontrarse con uno, la vestimenta que atrae, el giro corporal que excita, la mirada que invita, la sonrisa que cautiva. La seducción nos construye como amantes y no es, de manera alguna un juego frívolo. Nada es más intenso que buscar encontrar al otro en la mirada, primero, en el diálogo después, y llegar a la caricia corporal y ese beso que, en su pasión desmedida, mostrará las llaves del amor y el deseo. La seducción es una danza donde el encuentro de los dos vuelve el lugar inmaterial y detiene el tiempo en un hiato de energía incomprensible para quien no ha sido seducido o amado.

Esa noche, cuando ambos duerman, en sus sueños serpientes danzarán arrobadas por una música invisible que las atrae irresistiblemente. Mientras sean esclavas de la música, el encantador de serpientes hará de su seducción un camino místico hacia el amor, tan peligroso como las serpientes mismas si la magia de la seducción, como la música, cesara.